

RESEÑAS

FRADEJAS LEBRERO, José (ed.) (2005). *FELIPE V: Don Quijote. Tomo Vº*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas – Instituto de Estudios Madrileños; 39 pp. + facsímil ([4] + 58 pp.).

Sin duda, una de las publicaciones más originales aparecida con motivo del IV centenario de la publicación de *El Quijote* es el libro que ahora reseñamos.

Continuaciones de obra tan famosa hubo más, indiscutiblemente de mayor calidad e interés literario, pero ésta resulta importante por su autor: nada menos que nuestro rey Felipe V, quien la escribió siendo todavía príncipe, cuando tan sólo contaba unos diez años según indica el manuscrito (año 1693), catorce o quince a lo sumo según las apreciaciones del profesor José Fradejas Lebrero, encargado de esta edición y gran especialista en la Edad Media y sobre todo en el Siglo de Oro, además de madrileñista y zamoranista insigne.

El libro se divide en tres partes: una breve introducción a cargo de José Fradejas en la que nos informa de todos los detalles importantes relacionados con la elaboración de la obra y realiza un rápido e interesante análisis de la misma, la traducción al castellano del texto, *Don Quichote de la Mancha. Tomo Vº*, compuesto en francés por Felipe V cuando era Duque de Anjou, y la reproducción facsímil del manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, el único tomo que existe, un cuaderno de 58 páginas cuya letra pertenece a un amanuense, probablemente don Claudio de la Rocha, futuro ayuda de cámara del rey.

Este *Quijote* consta de seis capítulos de desigual extensión, en general, salvo el primero, bastante breves, compuestos por párrafos cortos y redactados con sencillez. Todos presentan un título somero que resume el argumento, a veces adelantando demasiada información, tal es el caso del sexto y último, «Les suceden dos aventuras y Don Quijote muere». Como señala el propio Fradejas, el contenido de todos ellos «es verdaderamente infantil, pero tiene un extraordinario valor», tanto por la precocidad de creación del monarca, como por ser una muestra de que la obra original de Cervantes entusiasmaba (y sigue entusiasmado) también a los niños. Tal vez esa infantilidad sea el origen de que don Quijote salga airoso y venza al instante en las aventuras iniciales que emprende, sean quienes sean sus enemigos: un gigante, moros, un hombre que iba por el campo, ladrones o locos, situación que se invierte al toparse con unos Jesuitas que golpean con tal ferocidad a don Quijote y a Sancho que han de recurrir al famoso bálsamo de Fierabrás para reponerse, aunque el triunfo se retoma capítulos después en la lucha contra animales más o menos feroces: ciervo, perros de caza, leones, tigres e incluso panteras. Y puede que también ese carácter infantil sea la razón por la que don Quijote aparezca, a ratos, como un personaje más realista (por ejemplo, en el capítulo III ven una posada y «la tomó por lo que era, cosa desacostumbrada para él», aunque en el siguiente confunde a unos bueyes conducidos por unos hombres con un ejército, y a unos perros y un ciervo con moros y su capitán respectivamente), y Sancho resulte menos profundo que en la obra original de Cervantes, aunque en una ocasión recurre a los refranes que le son tan característicos para comentar con gran acierto lo sucedido y a la vez vaticinar el triste final de su amo, sorprendentemente glorioso, y en general sigue representando la voz de la razón.

Felipe V va a mencionar e incluso hacer aparecer en su continuación personajes que ya conocíamos como Cide Hamete Benengeli, el Caballero de la Blanca Luna o Maritorne [*sic*], junto a otros modificados por su propia imaginación, el más sorprendente por inverosímil es sin duda el gigante Pandafilando, con sus «tres cabezas, tres pies y tres manos». Resulta curioso que ése sea el único personaje «nuevo» del que conozcamos el nombre, pues todos los demás son identificados únicamente por su profesión o por algún rasgo físico: posadero, enano, caballero, doncella...

Hay que destacar que no es ésta la primera vez que alguien fija su atención en este manuscrito, ya Juan Eugenio Hartzenbusch se interesó por él hasta el extremo de traducir su primer capítulo, traducción que por su valor se reproduce en la edición que nos ocupa. El resto de los capítulos fueron trasladados al castellano por Olga M^a Fradejas.

No podemos finalizar esta reseña sin alabar la elegancia material del volumen, que imita con gran fidelidad al original, pues está lujosa y bellamente encuadernado en tela de seda azul y con doce flores de lis estampadas en oro (cuatro en cada tapa y otras tantas en el lomo). Para no estropear tan hermosa encuadernación con la inclusión de los obligatorios datos editoriales, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y el Instituto de Estudios Madrileños se han permitido añadir una sobrecubierta con tal fin, ilustrada en portada con un magnífico grabado que representa la victoria de un caballero a caballo que apunta con su lanza a otro que yace al pie de su flaco rocín también caído sobre la arena, imagen no casual que nos recuerda inevitablemente a un episodio de la segunda parte del *Quijote* de Cervantes: la derrota que inflige el Caballero de la Blanca Luna a Don Quijote en una playa de Barcelona, aventura que menciona Sancho al comienzo del primer capítulo de este *Quijote* de Felipe V.

Julia María Labrador Ben